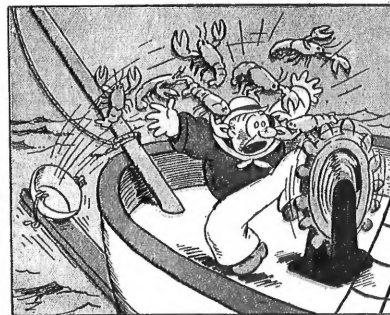




LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

Dirks



ALUCIador Susana Strawska

El aire muy alegre esta tarde.

—¿Cómo voy a tener cara de fiesta, pobre hija, el mañana no van a matar a pases si no digo al señor que hay en el mundo más preciosos, más dulces y de más sustancia?

—Y eso es lo que con tanto cuidado es tiempo ¡Dios mío! Duerma una pierna suelta, que mañana es lo diré.

—¿Cómo vas tú a saber, lo pobre hija?

—Es la cosa más.

Vaya a dormir.

FUERON SEPARADOS

El señor los mandó primeramente a cada uno a un aposento separado, para que allí pudiesen meditar y ninguno de ellos pudiese escuchar la respuesta del otro. Pasado un cuarto de hora hizo venir al molinero, se sentó en su pollera, cerró los ojos y cruzó las manos sobre el corazón.

Tener un regalo y no traerlo...

—¿Alí en nada? Si el señor no fue a san tan joven, no diría que la edad le empuja las ideas. Hace falta, en verdad, que se haya encaprichado de mí.

—¿Qué ocurre, papá?

—¿Cómo, papá! ¿Os han azotado?

—¿Fugiese a Dios, hija, que me hubiesen azotado! Ya hubiera todo concluido.

paz de disimulo alguno.

—¿Cómo se llama? — preguntó el señor.

—Salvici, mi señor.

—Pues bien, Salvici, me gustas, y pueste que tan inteligente te resultas, va a ser mi mujer. Solo tienes que acordarte de una cosa: Nunca le mezcles en mis asuntos, y contentate con gobernar mi casa. De otro modo, te echaré.

Como gustéis será, mi señor. Pero ¿cómo podré yo ser la esposa de un gran caballero, yo que sólo soy una sencilla campesina, y nada sé de nada?

LAS AMONESTACIONES

—Nada importa eso — dijo el señor.

Se publicaron las amonestaciones. Semanas más tarde, se celebraron unas bodas magníficas. Corrió el hidromiel en anchos arroyos; el pastor fué sentado en el puesto de honor, es decir, en el extremo de la mesa, según costumbre polaca, mientras que en sus molinos, al otro extremo del lugar, se moría los pullos de rabia, el molinero.

Los dos esposos vivieron muy dichosos durante algunos años. Trece ya tres hijos. Como antes, el señor administraba el pueblo, y Salvici no se entrometía para nada en sus asuntos.

En el fondo de su corazón, el molinero seguía resentido, pero nada se atrevía a decir. Era siempre un malvado, dispuesta con sus vecinos, provocaba a todo el mundo, mentía sin rubor alguno. Un día, fué al castillo a establecer una racha contra un pobre carretero. Este había perseguido a la granja del dueño del molino, y en ella paró la misma noche un su jumento.

El señor estaba ausente. Fué su esposa quien recibió al carretero.

—Tengo que hablar con mi señor — dijo el molinero.

—Está fuera.

—Pues para mí.

Olvidando la recomendación de su marido, dijo Salvici.

—Contadme alguna cosa de lo que os trae aquí. ¿Qué pueda ayudaros, aunque voy no hayáis sido siempre muy bueno para con mi padre.

—Tomo fastidiosos.

—Hablad ya; entonces lo veremos.

DE QUIEN ES EL POTRO

—Es este: Ayer a la noche, paró en mi casa un carretero. Le dije que pernoctara en mi granja. Al amanecer, su yegua dió a luz, y pretendió, este carretero del diablo, que el potro le pertenecía porque es de él la yegua. Pero yo no tengo que el potro me pertenece porque es mi la granja. ¿Pueden ustedes misma si tengo o no razón?

—Sí, pero...

—No, de ningún modo. ¿Este carretero os paga por dormir?

—Sí, pero...

—Pues, como si el potro hubiese nacido en casa del carretero, tenemos aun juntos.

—Bien, amigo mío, lo escuché — dijo.

El molinero respondió resacalemente.

—Mí señor, lo más preciso es el dinero, lo más dulce la miel de las abejas y lo más sustancioso es el tocino, cuando el cerdo ha sido bien cebado.

—No está mal, está mal de todo — dijo el señor. Ahora el potro respondió tímidamente.

—Anímo mío, a ti te toca.

—Lo más preciso, mi señor, es nuestra virtud. Lo más dulce es el sueño. Lo más sustancioso es nuestro bien obrar, porque, a cambio, nos otorga Dios el Paraíso.

—Usa cuando, pastor. El molinero te pagará diez ducados por perdonar los intereses.

Cuando el molinero, forzado a obedecer, se retiró, lleno de cólera, dijo al pastor:

—Anímo mío, no me vas a hacer creer que advenido por ti sólo una respuesta tan sencilla. Alguien te la ha apuntado. Dímelo. Quiero saberlo.

LA UNICA VERDAD

El pastor se hizo rogar un poco antes de confesar la verdad; pero como el señor, que no era muy paciente, le amenazaba con el bastón, se decidió a responder:

—Pues bien, mi señor, ha sido mi hija.

—¿Tu hija, pastor? Quiero verla. Y mira, pueste que es tan aguda, que venga a verme a la pía si a caballo ni en carruaje, ni vestida ni desnuda, ni de día ni de noche, Y además, que me traiga un regalo sin tráfalo. Hazle saber mis peticiones. Que no falte a ninguna condición de otro modo, tú serás castigado por no encontrar por tí mismo la respuesta a mi pregunta. Y aparte de esto, puedes estar seguro de que en el sucesivo no intentaré más defenderte contra el molinero.

BIEN ENCARCHADO

—Esta vez sí que estoy perdidito — reflexionó el pastor, volviendo a su cabalito — ¡Dios del cielo! Si me hubiesen dado en seguida los palos, mi hija no se vería en este estado, y todo habría acabado. Porque, en definitiva, ¡hace falta ser un bruto para contentar a nuestro señor! Ni a pía ni a caballo ni en carruaje, ni vestida ni desnuda, ni de día ni de noche.

De pronto el señor se inclinó y creyó ver visiones.

Por la avenida que conducía al castillo avanzaba una muchacha vestida con una túnica de lana blanca, montada sobre un corcelo, rozando sus pies la tierra.

En seguida, el molinero se acordó a quejarse al señor, el cual hacía venir al pastor, amenazaba, le tapaba mil veces, y hasta llegó a hacerle piñar, por reincidente, una tarta de palos.

Pero un día vino en que el señor se dio cuenta de que los daños no siempre tienen la importancia que el molinero pretendía, y que, por parte de él, había más odio que otra cosa.

Una vez, pues, en que no pudo hacerle venir a un acuerdo, les dijo:

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

—Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar. Escuchad. A este paso no voy a terminar.

puesto que éste os alquiló la granja. ¡Y váyase, hombre malvado! El molinero regresó muy descontento. Hasta el punto de que al otro día, cuando volvió el señor de casa, no dejó de volver al castillo a pedir justicia:

—Bien. Salvici no necesitaba otra cosa. Corrió a las cocinas y trajo algunas gotas de narcótico en la sopa. Como, pues, juntos. A los postres, se levantó el señor con



El marido dotado con un sueño muy pesado, cosa que aprovechó Salvici para raparlo y llevarlo a una quinta

gran pensión en la cabeza y fué a acostarse. Copó en un sueño profundo, y Salvici no perdió el tiempo. Dio la orden de preparar una tarta, y transportó allí a su esposo profundamente dormido. Luego se instaló junto a él, y... ¡carra cochero!

Cuando llegó a la quinta donde su marido la había condenado a vivir en adelante, ella le hizo conocer sobre un canapé. Después, esperando a que se despertase, se puso a comer.

Algunas horas después, se despertó el señor, se froto los ojos, y miró alrededor suyo con los ojos tristes.

—¿Dónde estoy yo? — pensaba. Pero, ¿dónde estoy yo? ¿Qué aposento es éste, que me parece reconocer?

Luego, advirtiendo a su mujer sentada a la ventana, con la frente inclinada sobre la labor, gritó hoy te alójares en una quinta lejana, y nunca volverás a verme.

La joven esposa se arrojó a los pies de su marido, le suplicó que no fuese con ella tan severo. Él fué inflexible, y sólo le permitió llevar con ella lo que le fuese más cómodo.

—Concedámosle al menos una gracia.

—¿Cuál?

—Que mi partida hasta me sea libre, y permitid que esta noche se nacida en casa del carretero, cenemos aun juntos.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué me has traído a esta quinta?

Permitid que me traiga lo que para mí fuese más cómodo en el mundo — dijo ella, sin alzar los ojos — así que, mi buen amigo, te traigo a ti.

A estas palabras se arrastraron en lágrimas. Los ojos del señor, se acercó a su mujer y la tomó en sus brazos.

—Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

—¿Perdoname! — le dijo — y volvámonos al castillo.

Secreto de un Exito

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

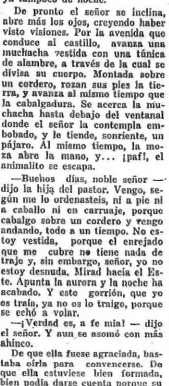
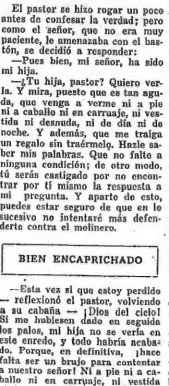
—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te

—Oh, papá! — le dijo. No te



Ninguno de los dos vecinos se podía reportar. Uno era pastor y el otro molinero

(Por BURTIN).

ILUSTRO PREMIANI

ILUSTRO PREMIANI

ILUSTRO PREMIANI



LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI

from **SEGAR**



DESTAGANDO S E
nitidamente so bre
el fondo azul a d o
del cielo, en el vi
sual de la habita de
aguas oscuras, se
elevaba la luna en
el horizonte. Una tenue
claridad, indicio de que la luna
no tardaría en salir, apareció en
el horizonte. Glendon comprendió
que no tendría que esperar
mucho tiempo.

Bajo hasta la orilla rocosa pa
ra espiar el primer reflejo de la
luz lunar sobre las olas traídas
por la marea creciente. Quería
observar cómo esta luz interme
dia de luz haría retroceder las
crestas de espuma y recóndir en su
refleja la impresión de varios co
lores que se convirtieron de pronto
en un brillo plateado. Había
intestado lucirlo así más de una
ocasión sin lograr su propósito:
pero aquella noche tenía una ex
traña convicción de que el mar ya
no podría seguir negándole la re
velación de sus secretos.

En las tinieblas resonó el grito
de un ave marina y el leve ruido
producido por el batir de sus alas.
Una tenue brisa sopla desde el
ocidente; su suave y frío roce agi
taba los sentidos dejando la men
te despierta y en calma... Bajo el
reflejo de este solitario, a la in
mortalidad de Glendon acudieron los
recuerdos de su vida turbulenta.
Pensaba en su pasado como si de
te formara parte integrante de
una vida perteneciente a un mun
do distinto del que habitamos, un
mundo extraño, lleno de contrastes
e impulsos locos al que no iba
a volver jamás. Continúa angus
tia, indecisiones, vicisitudes,
ataques apasionados, violentos
esfuerzos de una batalla perdida
contra un amor fuerte y avasallador.
... todo había pasado pen
dándose en el trágico de su vida.
Había ganado a Irene y ahora
estaban unidos para siempre y en
visperas de emprender una exis
tencia nueva.

Se embarcaron a la ventura,
abandonando las ruinas del pasado
y se encontraron solos en al
ta mar. Tenían por delante luchas
sin tregua, tormentas violentas
hechas para templar sus fuerzas
y calmar chichas para poner a
prueba sus nervios; pero en cam
bio ya no los acechaban las ma
rañas traicioneras de falsa bondad
que los arrastraban lenta pero
seguramente al fango, en el fondo
del negro abismo. Un solo régi
do y puro los había librado de la
caída.

NUEVAS ENERGÍAS

Glendon vivía claro ahora y sen
tía que fuerzas poderosas antaño
volvían a fluirle por las arterias
venas. Pronto flotaría de nuevo
sus pinceles para pintar la su
perbia visión de la belleza que le
había enseñado la vida. Durante el
último mes, mientras vivió en la
blanca cabaña edificada en la roca,
el hombre disfrutó de la dicha más
grande que jamás podía imaginar.
En su creación iba a reflejar
esta felicidad y calma. Quería
pintar el mar susurrando con lan

escoslos a sus pies, un sonido
compuesto del suave golpe de las
olas y el lento glú-glú del refle
jo. Producía una sensación extra
ña que él se ocellaaba casi a
la lengua.

De pronto el hombre se dió
cuenta del peligro que corría si
guiera en esa fuga. Por dos
horas aún la roca representaba
un refugio bastante seguro, pero
durante la alta marea sería co
bierta por el agua. Esta parte del
escallo era baja y no ofrecía di
ficultad descender con ayuda de
una escalera de soga de treinta
pies de largo. Era un lugar pin
toresco donde Glendon se senta
ba a menudo en compañía de Ire
ne... Pero ahora, en la obscu
ridad, vio que era una trampa mor
tal. El único modo de volver se
ría subiendo por la escalera, pues
era de toda punta; imposible tre
par por las abruptas laderas del
peñasco. Abajo estaban las agu
as de la cascada, y entre ellos hervía
un remolino.

Desde el lugar en que se en
contraba, Glendon no podía ver
la escalera colgada del otro lado
de un ángulo sobresaliente de la
roca. ¿Y si no estaba más allí?
Era muy probable, porque a pe
sar de que el hombre había quie
brado farte la soga antes de ba
jar, los nudos podían haberse
aflojado ocasionando la caída de
la escalera.

LA OBRA MAESTRA

El pintor se representó men
talmente con toda claridad el es
pectáculo de las sogas que se des
cendían despacio bajo los emba
ses de las ráfagas de viento; veía
cómo si fuera realidad cómo los
pedidos bajaban golpeando las
piedras y caían al agua... en tal
caso el quedaría prisionero en la
peña cara a cara con la marea
creciente.

«Iba a pensar aún en la her
mosura del cuadro cuando se acer
caba la muerte! De pronto el
tema de la obra maestra con que
estaba soñando le pareció trivial
y sintió la necesidad de encontrar
más nuevo e impresionante.
Su futuro cuadro no debía limi
tarse a representar el esplendor;
debía profundizar más allá de es
ta máscara seductora de belleza
con que a menudo gustaba apre
ciar las cosas. Lo que quería mos
trar era el fondo despreciable del
implacable mar.

El eco repitió el nombre; un
ave despertada por el insólito
ruido emitió un grito chillón que
repercutió en el silencio de la ro
ca. Luego se dejó oír la voz
crispada tan conocida de Glen
don, y una voz fresca dijo:

—Hola, Miguel. Estoy bajan
do. Espérame.

—¿Estás cansado, en nombre del
cielo? ¡No te apures!

—Bueno.
A Glendon le pareció que el
descenso de Irene había durado
horas enteras. Por fin la tenía en
sus brazos.

—No deberías haber venido a
este lugar, querida... le dijo
Por qué lo hiciste? Es muy peli
groso, a obscuras.

—Me sentía triste, Miguel —
replicó la joven, estrechándole la

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.



mano. —Quería estar contigo.
—Yo no pensaba desmoronar
mucho aquí. ¿No digite, que iba
a escribir cartas?

—No sé por qué, pero no pude
hacerlo. No bien te fuiste, me
acometí un acceso de miedo.

—Era el viento, Irene. Siempre
parece como si tratara de abrir
la puerta a entrar. No es nada,
querida. Pero, ¿por qué no
me comunicaste tus temores? De
haber sabido, no te dejaba solo.

—Esto empezó cuando ya ha
bías salido. Traté de escribir, pe
ro me pareció ver una cara que
se asomaba a la ventana y oír pa

la joven con cariño, dijo:
—No volveré a dejarte sola,
querida. Sólo quería ver la salida
de la luna en la noche.

EL MAL TIEMPO

—Vámonos a observarla juntos,
Miguel.

—Sí, ¡ya falta poco.
Por espacio de un rato guar
daron silencio con las miradas fi
jas en el Este, donde empezaba a
insinuarse una tenue claridad.
Luego Irene dijo:

—Esta noche el viento sopla
desde el mar. Según el pescador,
es señal de que hará mal tiempo
al amanecer.

—Sí, hoy me dijo que los tem
porales de primavera se habían

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

—Sí, amor mío, lo comprendo.
Cuando escribí a Collins recordé la
convención que guardara en
secreto mi dirección. Sé que pue
do confiar en él. Sin embargo, no
le hubiera enviado este cuadro si
no fuera porque estamos necesi
tados de dinero. A mí tampoco me
gustaría que la gente sepa donde
nos escondemos. Merrick es un
hombre eminente y la nueva se
ñalera propagada con rapidez.
Si los diarios llegaran a enterarse
en donde estamos no tardaría en
acudir en todos los periódicos.
Meneando la cabeza con aire
de desesperación la joven excla
mó:

—No comprendes mi pensa
miento. Miguel. No temo a los
diarios si no a él... le tengo un
miedo cerval.

Un grito todo a la largo del
peñasco y chocando contra el
borde, a los pies de los jóvenes, se
perdió en las negras profundida
des. El sonido producido por su
caída se prolongó por un segundo
en medio de las tinieblas. Al cabo
de breve silencio Glendon di
jo mirando arriba:

—Es raro cómo resuenan de
noche los objetos. Confieso que
hasta me asustó la caída de esta
piedra. Parece como si las rocas
se desmoronaran alrededor de no
sotros... como si llegasen al fin
del mundo... Durante estos pocos
momentos vislumbré el juicio fi
nal... ¿Has sentido algo, Irene?

—Me pareció oír unas pisadas,
antes de que cayera el grito.

—¿Pisadas? ¿Otra vez con sus
aprehensiones? Por lo visto la vi
da retratada que llevamos otra
mal sobre el sistema nervioso,
querida. De seguro era una rafa
da de viento.

—Absorta en la contemplación
del mar la joven parecía no
haber oído sus palabras.

—Miguel — pronunció al fin
— hoy, desde el crepusculo tem
go la sensación de que no estamos
solos... Miguel — agregó con
voz apenas perceptible — ¿eres
como el pensó en serio lo que
dijo.

La pregunta de Irene hizo re
surgir en la mente de Glendon
una escena que trataba de olvidar.
La cara de Merrick alumbrada
por la mecánica luz del faro ca
llero, con una expresión de ter
rible fútil impresa en sus facie
nes, el último grito de rabia sal
vaje que se escapó de sus labios

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

dicción de vendetta! El hecho es
que era un ser peligroso y ama
ra a Irene.

MAL RECUERDO

Con un esfuerzo de voluntad el
pintor trató de apartar de su
mente el recuerdo de su rival y
de traer la paz a su atribulado
espíritu con el sonido de los fríos
racionamientos. Merrick podría
demasiado si fuera a cometer un
acto de violenta venganza y no
era tan tonto como para hacerlo.
El hombre era un fanático des
tacado con gran porvenir y ve
tedades de hacer una brillante ca
rera. No podía ser tan estúpido
como para echarla a perder...
Empero cuando Glendon se acordó
de la expresión salvaje de la
cara de Merrick tal como la vió
la última vez, todas sus sofistas
perdían fuerza y poliduras. Los
hombres de esta índole tienen una
escala propia de valores de acuerdo
con la cual ordenan sus ac
tos... Miguel trató de buscar
alguna contestación tranquiliza
dora a la ansiedad provocada por
Irene, pero no encontró ninguna.

—Tenemos que olvidar el pasa
do, querida — dijo — Todo esto
no tiene ninguna importancia
ahora. Mira cómo palidece la luz
de las estrellas. Pronto saldrá la
luna.

La punta meridional del mar
estaba sumida aún en plena os
curidad. En el horizonte cubierto
por pesadas nubes de tormenta
se distinguían las estrellas. El
rumor de las olas se volvió más
fuerte.

—La luna deberá aparecer an
tes de que estas nubes lleguen
hasta nosotros. Entonces no per
maneceremos aquí un minuto
más. Sólo quiero dar un vistazo
al cuadro. La noche promete ser
tormentosa... Escucha.

Un sombrero retumbó del trueno
se mezcló a la suave melodía
del murmullo de la marea. Ire
ne se estremeció.

—Tengo miedo, Miguel, de oír
el grito furioso del mar.

—Yo también quisiera expe
rimentarlo, querida, pero la guerra
no privó de esta sensación tem
plando y refrescando mis ner
vios. En Sonome pasé seis sema
nas no oyendo otra cosa que ex
plotosos aturdimientos. Día y
noche un eterno retumbar con
vulsivo. Nos acostumbramos a este
ruido, hasta los hombres como los
pajaros. Recuerda que una noche
al arrastrarme por un matorral,
un trozo cubierto de vegetación

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

reflejado por las
aguas de la ma
re... Quiero pin
tar este cuadro
y no puedo. Es
imposible repre
sentar el miedo
no es la expe
riencia. Yo no
siento temor, si
no que sólo pre
fundo sentirlo.

—¿Qué has oído?
— exclamó a
pronto Irene,
acercándose con
más fuerza con
tra Glendon.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de
luz había retro
ceder las crestas
de espuma y re
cibir en su res
ta la impresión
de varios colores.

El pintor quería
comenzar como la
fuga al pincel de

T A



Ilustraciones
de
Niaheer Seditsira

No parece sino como si usted y yo, estuviéramos ligados por un lazo del destino, como dirían los novelistas (Ha reparado usted en eso? En todos los momentos decisivos de su vida apareció go de una manera inesperada. Esto ya sucedió dos veces antes de ahora. Recuérdela usted! El primer encuentro se verificó siendo usted un artista hambriento que se moría de inanición en los suburbios de París y yo un rico extranjero aficionado al arte que buscaba talentos escondidos. ¿Supongo que se acordará?

La segunda vez, Miguel Glendon, un joven pintor al que esperaba la gloria rodea la esposa de su bienhechor. ¿Qué le vamos a hacer? Es el temperamento artístico. Sin duda que la voz de Merrick no acusaba alteración, a Glendon se le antojó que tenía que habérselas con un demente. La completa ausencia de excitación nerviosa en su voz servía de prueba patente de que el hombre profeso de acuerdo con la impenetrable lógica de un alienado. El pintor se dio cuenta de que sería inútil imponer la gracia.

— ¡Irene, dijo en voz baja — el vino con la intención de matarnos y para este fin sacó la escalera. Creo que está loco... Perdóneme, amada mía, por haber puesto en esta situación.

Por toda respuesta, rodeando el cuello de Miguel con los brazos, la joven le besó en la boca. — ¡Acaso no hay esperanza de salvación, querido? — preguntó. — ¡No nos queda otro recurso que esperar la muerte!

Glendon hizo un signo afirmativo con la cabeza y agregó:

— ¡Se acerca la tormenta. El mejor nadador del mundo no podría salir ileso de entre estos escollos. En cuanto a escalar la roca, es inútil! ¡Forjase ilusiones porque no se puede hacerlo sin tener una soga.

El viento arreciaba; negros nubarrones se acercaban a la costa; graznidos de aves asustadas se entremetían con los ruidos del mar. Glendon trató de quitarse el paño de su cuello, pero su voz se apagó.

pero yo lo identificaré cuando lo encuentre, al mismo tiempo que sus cadáveres... Además existe la carta que ella empezó a escribir, creo que está dirigida a su madre. Cuando cayó de la casa dejó la puerta abierta y antes de seguir la miré la hoja. Hay allí una frase de mucha trascendencia y es ésta: "Hemos decidido ir a un lugar donde nadie puede seguirnos... Puede imaginarse usted el sentido que le atribuí el prelado. En este punto la carta se interrumpe de un modo trágico, según la expresión de los repetidos. Pero los jurados ingleses tienen la imaginación más viva de lo que usted cree. Cuando me dirigía a este lugar no podía suponer que la tarea iba a resultar tan fácil.

Glendon miró arriba al peñasco iluminado por la luna. ¡Ya existía la más remota probabilidad de escalarlo sin la ayuda de cuerdas y ganchos.

— ¡Amada mía — dijo con voz impregnada de tristeza — es el fin... No nos queda más que una hora...

Merrick seguía parado en la punta de la roca; la enviguetas del triángulo se traslucen en sus facciones y se veía profiriendo salvejes impropios.

perdí entre el tumulto: sólo le respondieron las gaviotas y la tibia borlona de su enemigo.

— ¡Cuando la luna del crepúsculo hubo amainado un tanto, Merrick dijo: — Glendon, me causa gran mortificación a usted hubiera llegado a ser un gran pintor. Fue yo el que descubrió su talento y también yo el que lo inicié en la vida. Pero habiendo resultado usted un ingrato, retiro mi obsequio. En cuanto a la mujer que está a su lado — agregó con una risa triunfante — merece su suerte.

— ¡En estas palabras Glendon interrumpió de vez en cuando por el dominio sobre sí mismo.

— ¡Usted es un asesino abominable — exclamó — Pero, gracias a Dios, lo espera la horca.

— ¡Asesino? — replicó el otro con calma. — Querido artista, este es un suicidio y no un asesinato. En cuanto a la mujer volveré a colocarla en la escalera en su lugar. Si... este... anula en su carrera desenfrenada hacia la roca perdió el equilibrio, el que le regalé yo, entre paréntesis: lo van a encontrar aquí entre los arbustos, rodeado por el viento, Glendon, empujado por la lluvia, el ruido de su santidad y perfume...

Historia de un hombre que creyó que le pertenecía el derecho de la venganza y el castigo.

pero yo lo identificaré cuando lo encuentre, al mismo tiempo que sus cadáveres... Además existe la carta que ella empezó a escribir, creo que está dirigida a su madre. Cuando cayó de la casa dejó la puerta abierta y antes de seguir la miré la hoja. Hay allí una frase de mucha trascendencia y es ésta: "Hemos decidido ir a un lugar donde nadie puede seguirnos... Puede imaginarse usted el sentido que le atribuí el prelado. En este punto la carta se interrumpe de un modo trágico, según la expresión de los repetidos. Pero los jurados ingleses tienen la imaginación más viva de lo que usted cree. Cuando me dirigía a este lugar no podía suponer que la tarea iba a resultar tan fácil.

OBJETO BRILLANTE

Glendon se puso de pie. Las nubes no llegaron a cubrir aún la luna por completo y a su diáfana luz el hombre distinguió en el suelo un objeto brillante. Era una botella sin duda, resto de algún alegre pic nic efectuado en la roca. Miguel asió el grueso vidrio verde. En su mente surgió una idea... La última oportunidad desesperada... Con mano febril palpó el block de bosquejos y la caja de pinturas... La luz era suficiente para escribir. Aprovechando un momento de relativa calma en la furia del viento Glendon gritó a foda fuerza de sus pulmones:

— ¡Merrick, Escúcheme. ¿Ve lo que tengo en la mano?

El interpelado no hacía abajó y estalló en risa.

ca y arrojó la escalera al mar. Luego exclamó:

— ¡Muerre, maldito! Y que con usted pesara esta mujer. ¡Casi cree, estúpido, que el temor de la muerte puede apartar a un hombre como yo del cumplimiento de su deber? Y me consta que ni deber para con el mundo es libar de un individuo como usted.

La última esperanza se había desvanecido. Al ver caer la escalera Glendon sintió que una furia salvaje se apoderaba de su alma. Alzando la botella gritó:

— ¡Observe... esta es su sentencia de muerte...

Por toda respuesta vio pasar a su lado una piedra arrojada desde arriba.

JUNTO AL PEÑASCO

Glendon comprendió el fin que perseguía Merrick al tirarla. En el lugar en que se encontraba el pintor no podía ser alcanzado por las piedras tiradas desde arriba, pues lo protegía una saliente de la roca. Pero cuando pretendía arrojar la botella en las profundidades del mar se veía obligado a salir de su escondite. Con la ayuda de un loco Merrick vio claro la situación y ahora estaba

Entonces comprendió el camino de regreso a la larga del angustioso sendero tratando de incrustarse en la roca para ser menos visible. Al estar ya casi en la cima Glendon vio que el pedregón se movía... Se adelantó una gorda más... Volvió a mirar al lugar donde se encontraba Merrick y una lluvia de pedregullo le cayó en la cara.

GRITO DESGARRADOR

Vio cómo la enorme piedra rodaba despedido, accediéndose poco a poco y cerró los ojos... Al mismo tiempo oyó un grito desgarrador de Irene. Sintió cómo caían las piedras y algo le golpeó en el hombro arrancándole un pedacito de carne viva.

El ruido y el agudo dolor se mezclaron en un caos en la mente de Glendon. Cuando abrió los ojos vio que en el borde del peñasco se destacaba una figura tambaleante que luego cayó y se perdió entre las rocas.

Casi desvanecido por el dolor Glendon miró abajo, al lugar en donde había caído Merrick. Una guadaña de espasma se deslizaba sobre las rocas con un movimiento lento e implacable, brando bajo la luz argentina. Luego la luna se vistió de hábito negro tejido por las nubes, todo se sumió en una repentina oscuridad en medio de la cual rugía el viento. La guadaña desapareció; la cosecha estaba terminada.

Con el último rayo de luz lunar el joven vio que el pedregón caído había formado una especie de pedestal que les haría más fácil trepar a la cima de la roca. El dolor en su brazo desapareció sin dejar rastro. El heno, una colgaba que casi lo privaba de la facultad de hablar. Arrancando un trozo de su suéter, Glendon se cubrió la cara de su amado y éste se puso

El mar seguía creciendo. Glendon coló junto a su pecho a la bella Irene. Merrick le reprochaba desde lo alto de unos peñascos la traición que había sufrido su amor y su deslealtad artística. Glendon dijo a su compañera: "Amada mía no nos queda más que una hora de vida". La voz del pintor estaba impregnada de intensa tristeza.

de pie con dificultad, dispuesto a entrar en la última lucha contra la muerte.

Por milagro Miguel logró llegar a la cima de la roca. La tormenta arreciaba, el viento golpeaba furioso y las furiosas ráfagas de viento le dificultaban la penosa ascensión. El heno, una colgaba que casi lo privaba de la facultad de hablar. Arrancando un trozo de su suéter, Glendon se cubrió la cara de su amado y éste se puso

Con el último rayo de luz lunar el joven vio que el pedregón caído había formado una especie de pedestal que les haría más fácil trepar a la cima de la roca. El dolor en su brazo desapareció sin dejar rastro. El heno, una colgaba que casi lo privaba de la facultad de hablar. Arrancando un trozo de su suéter, Glendon se cubrió la cara de su amado y éste se puso

El horrible arrebato a través de las tinieblas constituyó el mayor martirio para Glendon. El dolor lo hacía delirar. Le parecía ver una enorme y brillante guadaña que se movía de un lado para el otro cercenando con furia hasta el lugar donde se encontraba Irene... Y en medio de la tortura de estos minutos insuportables de angustia se le apareció la visión del mar tal como había quedado grabada en su mente y en los raros momentos de plena lucidez el joven susurraba:

— ¡Vine para pisar este cuadro... "La guadaña", de Miguel Glendon.

Traducido por R. L. de Dorfman

Por CLIFFORD TROKE



EL TARTA SIGUE HACIENDO MACANAS

por Tack Knight



EN los tiempos remotos vivía en el Japón una vieja que tenía en la mejilla derecha un tumor que le molestaba mucho, causándole grandes dolores.

El hombre ha tratado de curarse, aplicando al tumor hierbas medicinales, ha consultado varios médicos; pero todo en vano. El pobre terminó por resignarse, siguiendo el curso de su vida modesta y laboriosa.

Un día el viejo se dirigió a las montañas para juntar ramitas secas que le servirían de combustible. Pasó en esta tarea casi todo el día. Y al atardecer, se dispuso a volver a casa. En eso se fijó que el cielo se iba cubriendo de nubes, precursoras de la lluvia. Por más que el hombre elevaba plegarias a los dioses, rogándoles que alejaran el chubasco, el cielo seguía encapotado, y el poco rato empezó a llover a cántaros.

—Pobre de mí — exclamó el viejo. — ¿Dónde podría guarecerme?

Echó una mirada alrededor suyo y por suerte advirtió a poca distancia un árbol grande con el tronco hueco. Sin pérdida de tiempo el hombre se ubicó en aquel escondite, donde estaba protegido del agua. Y lo hizo bien a tiempo por cierto, pues acto seguido se desencadenó una formidable tormenta.

Pero las lluvias torrenciales, por lo general, no duran mucho. En aquel caso también empezó a amanecer, y por fin el cielo se despejó y detrás de la montaña brillaron los últimos rayos del sol poniente.

El hombre, muy contento, quiso salir del tronco para dirigirse a su casa. En aquel momento llegó a sus oídos el ruido de pasos de muchas personas.

—Deben ser algunos leñadores que vuelven a la aldea — dijo el viejo para sus adentros. Movido por la curiosidad, asomó la cabeza y... quedó petrificado. En vez de leñadores vio a un grupo de monstruos horribles que pasaban lentamente por el sendero.

Cada uno de los horrendos diablos tenía tres ojos, una boca semejante a la de un cocodrilo, los ojos parecidos a los de un búfalo sanguinario, un cuerno en la cabeza y la nariz encorvada como la de un haleón. Los demonios rojos estaban envueltos en las pieles de osos y los verdes en las de tigres.

Al ver esta horrenda comitiva, el hombre, presa de loco pavor, se acurrucó en el tronco, sin atreverse a respirar.

Pasó un rato, y viendo que los monstruos no le habían visto, el viejo se calmó un tanto. A sus oídos llegaron las voces de los diablos que enfundaban canciones alegres. Descubriendo de este hecho que los demonios estaban de buen humor, el hombre se tranquilizó por completo, y hasta se aventuró a mirar la cabeza para atisbar a los rojizos llegados.

Era evidente que aquellos celebraban una fiesta. Dispuestos en círculo cerca del árbol en que se ubicaba el viejo, los monstruos cantaban, batían las palmas, bebían vino y, en una palabra, se divertían en grande. En el medio del corro se encontraba un diablo de tamaño más grande que los demás.

—Qué cosa más interesante — pensó el hombre. — Cuantos tipos vivo en el mundo, vengo así diariamente a estas montañas, y sin embargo es la primera vez que he llegado a ver semejante reunión.

La curiosidad venció el temor

COBUTORI

Leyenda japonesa

que le infundían los demonios el hombre salió de su escondite para verlos mejor.

El rey de los diablos bebía vino en una enorme copa, observando los bailes que ejecutaban sus súbditos. De pronto pronunció con tono descontento:

—Parece que el jefe está aburrido — dijo el viejo para sus adentros. En realidad, los diablos bailan bastante mal y yo necesito un gran placer. Toma esta copa a guisa de recompensa.

El viejo aceptó el convite, y después de haber tomado de un trago el "sake" (1), dijo:

—¿Qué podríamos tomar de imaginó lo que habrás sufrido él, en calidad de señor — preguntó el rey a sus consejeros. Te voy a dar de comer y luego uno de éstos, con cara seria, irás a descanar.

En este momento la luz del candil cayó sobre la cara del hombre y, al mirarlo, la mujer quedó boquiabierta, sin poder creer a sus propios ojos.

La mejilla derecha de su marido estaba lisa y sana.

Una vez en el lugar indicado, el viejo se escondió en el hueco del tronco y se puso a esperar la llegada de los diablos.

Al ver la caída del crepúsculo aparecieron los monstruos, quienes, del mismo modo como la vispera, empezaron a celebrar la fiesta.

Al poco rato el jefe, demostrando evidente impaciencia, miró alrededor suyo.

—Ya es hora que vengas a bailar — dijo el jefe de repente.

Al oír estas palabras, el vecino del viejo creyó el momento oportuno para hacer su aparición. Salgó del tronco y de un salto se plantó en el medio del corro diabólico.

—Buenas noches — dijo o postrándose ante el rey. — Hace tiempo que los estoy esperando.

—¿Eres el "viejo de anoche"? — exclamó el demonio contento. — Bueno, pues; empieza la danza.

—¿El señor — contestó el otro poniéndose de pie. Luego entonó una canción, al son de la cual se puso a bailar. Pero, puesto que el viejo era torpe, y en su vida no había bailado, en vez de ejecutar una danza, ha-

cia sólo brincar y saltos sin ninguna gracia. —Está mal... Así no sirven los diablos.

—Baila mucho peor que anoche — dijo el jefe. No me gusta la danza y no te quiero ver más. Toma de vuelta la seña.

Con estas palabras le pegó en la mejilla derecha el tumor que tenía guardado.

El pobre vecino del viejo, en vez de deshacerse de la excrescencia que tenía, adquirió una más. Con el corazoncito oprimido y manteniendo con ambas manos su cara hinchada, el desventurado volvió a su aldea.

Así cuentan los ancianos que guardan en su memoria las tradiciones de los tiempos remotos.

Cobutori, en japonés, significa la cura de una excrescencia.

(1) Sake, es el aguardiente japonés.

—¿Dónde está tu tumor, viejo? — exclamó la esposa atónita.

—Me pasó una cosa muy extraña — contestó el hombre.

Luego contó a su consuegro, con el lujo de detalles, todo lo que le había sucedido en las montañas.

—Es una idea luminosa — aprobaron todos en coro.

En un abrir y cerrar de los ojos los demonios sacaron el tumor de la mejilla del viejo. Acto seguido desaparecieron como por encanto.

El hombre, atónito, miraba alrededor suyo, sin poder imaginar lo que le acababa de suceder. Se palpó la mejilla y, con gran regocijo, se convenció de que la excrescencia, que tanto le molestaba, había desaparecido sin dejar rastro.

—¿Qué suerte! — exclamó en el calor de la alegría. — Si hubiera sabido que esos diablos eran unos cirujanos tan habilidosos, hubiera venido mucho antes a bailar para ellos.

Así diciendo el viejo echó a andar cuesta abajo, rumbo de su aldea. Una vez en su casa, le salió al encuentro la esposa, diciéndole:

—Por fin has venido. Me das más seña que antes.

—¿Qué quieres que te de?

—Sin embargo, para más seguridad, quiero que me dejes alguna seña.

—Bueno. Pero, ¿qué quieres que te de?

—Cuando el hombre hubo terminado la danza, el rey de los

diablos le dijo con tono amable:

—Gracias. Me has proporcionado un gran placer. Toma esta copa a guisa de recompensa.

El viejo aceptó el convite, y después de haber tomado de un trago el "sake" (1), dijo:

—¿Qué podríamos tomar de imaginó lo que habrás sufrido él, en calidad de señor — preguntó el rey a sus consejeros. Te voy a dar de comer y luego uno de éstos, con cara seria, irás a descanar.

En este momento la luz del candil cayó sobre la cara del hombre y, al mirarlo, la mujer quedó boquiabierta, sin poder creer a sus propios ojos.

La mejilla derecha de su marido estaba lisa y sana.

Una vez en el lugar indicado, el viejo se escondió en el hueco del tronco y se puso a esperar la llegada de los diablos.

Al ver la caída del crepúsculo aparecieron los monstruos, quienes, del mismo modo como la vispera, empezaron a celebrar la fiesta.

Al poco rato el jefe, demostrando evidente impaciencia, miró alrededor suyo.

—Ya es hora que vengas a bailar — dijo el jefe de repente.

Al oír estas palabras, el vecino del viejo creyó el momento oportuno para hacer su aparición. Salgó del tronco y de un salto se plantó en el medio del corro diabólico.

—Buenas noches — dijo o postrándose ante el rey. — Hace tiempo que los estoy esperando.

—¿Eres el "viejo de anoche"? — exclamó el demonio contento. — Bueno, pues; empieza la danza.

—¿El señor — contestó el otro poniéndose de pie. Luego entonó una canción, al son de la cual se puso a bailar. Pero, puesto que el viejo era torpe, y en su vida no había bailado, en vez de ejecutar una danza, ha-

cia sólo brincar y saltos sin ninguna gracia. —Está mal... Así no sirven los diablos.

—Baila mucho peor que anoche — dijo el jefe. No me gusta la danza y no te quiero ver más. Toma de vuelta la seña.

Con estas palabras le pegó en la mejilla derecha el tumor que tenía guardado.

Así cuentan los ancianos que guardan en su memoria las tradiciones de los tiempos remotos.

Cobutori, en japonés, significa la cura de una excrescencia.

(1) Sake, es el aguardiente japonés.

—¿Dónde está tu tumor, viejo? — exclamó la esposa atónita.

—Me pasó una cosa muy extraña — contestó el hombre.

Luego contó a su consuegro, con el lujo de detalles, todo lo que le había sucedido en las montañas.

—Es una idea luminosa — aprobaron todos en coro.

En un abrir y cerrar de los ojos los demonios sacaron el tumor de la mejilla del viejo. Acto seguido desaparecieron como por encanto.

El hombre, atónito, miraba alrededor suyo, sin poder imaginar lo que le acababa de suceder. Se palpó la mejilla y, con gran regocijo, se convenció de que la excrescencia, que tanto le molestaba, había desaparecido sin dejar rastro.

—¿Qué suerte! — exclamó en el calor de la alegría. — Si hubiera sabido que esos diablos eran unos cirujanos tan habilidosos, hubiera venido mucho antes a bailar para ellos.

Así diciendo el viejo echó a andar cuesta abajo, rumbo de su aldea. Una vez en su casa, le salió al encuentro la esposa, diciéndole:

—Por fin has venido. Me das más seña que antes.

—¿Qué quieres que te de?

—Sin embargo, para más seguridad, quiero que me dejes alguna seña.

—Bueno. Pero, ¿qué quieres que te de?

—Cuando el hombre hubo terminado la danza, el rey de los

diablos le dijo con tono amable:

—Gracias. Me has proporcionado un gran placer. Toma esta copa a guisa de recompensa.

El viejo aceptó el convite, y después de haber tomado de un trago el "sake" (1), dijo:

—¿Qué podríamos tomar de imaginó lo que habrás sufrido él, en calidad de señor — preguntó el rey a sus consejeros. Te voy a dar de comer y luego uno de éstos, con cara seria, irás a descanar.

En este momento la luz del candil cayó sobre la cara del hombre y, al mirarlo, la mujer quedó boquiabierta, sin poder creer a sus propios ojos.

La mejilla derecha de su marido estaba lisa y sana.

Una vez en el lugar indicado, el viejo se escondió en el hueco del tronco y se puso a esperar la llegada de los diablos.

Al ver la caída del crepúsculo aparecieron los monstruos, quienes, del mismo modo como la vispera, empezaron a celebrar la fiesta.

Al poco rato el jefe, demostrando evidente impaciencia, miró alrededor suyo.

—Ya es hora que vengas a bailar — dijo el jefe de repente.

Al oír estas palabras, el vecino del viejo creyó el momento oportuno para hacer su aparición. Salgó del tronco y de un salto se plantó en el medio del corro diabólico.

—Buenas noches — dijo o postrándose ante el rey. — Hace tiempo que los estoy esperando.

—¿Eres el "viejo de anoche"? — exclamó el demonio contento. — Bueno, pues; empieza la danza.

—¿El señor — contestó el otro poniéndose de pie. Luego entonó una canción, al son de la cual se puso a bailar. Pero, puesto que el viejo era torpe, y en su vida no había bailado, en vez de ejecutar una danza, ha-

cia sólo brincar y saltos sin ninguna gracia. —Está mal... Así no sirven los diablos.

—Baila mucho peor que anoche — dijo el jefe. No me gusta la danza y no te quiero ver más. Toma de vuelta la seña.

Con estas palabras le pegó en la mejilla derecha el tumor que tenía guardado.

Así cuentan los ancianos que guardan en su memoria las tradiciones de los tiempos remotos.

Cobutori, en japonés, significa la cura de una excrescencia.

(1) Sake, es el aguardiente japonés.

—¿Dónde está tu tumor, viejo? — exclamó la esposa atónita.

—Me pasó una cosa muy extraña — contestó el hombre.

Luego contó a su consuegro, con el lujo de detalles, todo lo que le había sucedido en las montañas.

—Es una idea luminosa — aprobaron todos en coro.

En un abrir y cerrar de los ojos los demonios sacaron el tumor de la mejilla del viejo. Acto seguido desaparecieron como por encanto.

El hombre, atónito, miraba alrededor suyo, sin poder imaginar lo que le acababa de suceder. Se palpó la mejilla y, con gran regocijo, se convenció de que la excrescencia, que tanto le molestaba, había desaparecido sin dejar rastro.

—¿Qué suerte! — exclamó en el calor de la alegría. — Si hubiera sabido que esos diablos eran unos cirujanos tan habilidosos, hubiera venido mucho antes a bailar para ellos.

Así diciendo el viejo echó a andar cuesta abajo, rumbo de su aldea. Una vez en su casa, le salió al encuentro la esposa, diciéndole:

—Por fin has venido. Me das más seña que antes.

—¿Qué quieres que te de?

—Sin embargo, para más seguridad, quiero que me dejes alguna seña.

—Bueno. Pero, ¿qué quieres que te de?

—Cuando el hombre hubo terminado la danza, el rey de los

diablos le dijo con tono amable:

—Gracias. Me has proporcionado un gran placer. Toma esta copa a guisa de recompensa.

El viejo aceptó el convite, y después de haber tomado de un trago el "sake" (1), dijo:

—¿Qué podríamos tomar de imaginó lo que habrás sufrido él, en calidad de señor — preguntó el rey a sus consejeros. Te voy a dar de comer y luego uno de éstos, con cara seria, irás a descanar.

En este momento la luz del candil cayó sobre la cara del hombre y, al mirarlo, la mujer quedó boquiabierta, sin poder creer a sus propios ojos.

La mejilla derecha de su marido estaba lisa y sana.

Una vez en el lugar indicado, el viejo se escondió en el hueco del tronco y se puso a esperar la llegada de los diablos.

Al ver la caída del crepúsculo aparecieron los monstruos, quienes, del mismo modo como la vispera, empezaron a celebrar la fiesta.

Al poco rato el jefe, demostrando evidente impaciencia, miró alrededor suyo.

—Ya es hora que vengas a bailar — dijo el jefe de repente.

Al oír estas palabras, el vecino del viejo creyó el momento oportuno para hacer su aparición. Salgó del tronco y de un salto se plantó en el medio del corro diabólico.

—Buenas noches — dijo o postrándose ante el rey. — Hace tiempo que los estoy esperando.

—¿Eres el "viejo de anoche"? — exclamó el demonio contento. — Bueno, pues; empieza la danza.

—¿El señor — contestó el otro poniéndose de pie. Luego entonó una canción, al son de la cual se puso a bailar. Pero, puesto que el viejo era torpe, y en su vida no había bailado, en vez de ejecutar una danza, ha-

cia sólo brincar y saltos sin ninguna gracia. —Está mal... Así no sirven los diablos.

—Baila mucho peor que anoche — dijo el jefe. No me gusta la danza y no te quiero ver más. Toma de vuelta la seña.

Con estas palabras le pegó en la mejilla derecha el tumor que tenía guardado.

Así cuentan los ancianos que guardan en su memoria las tradiciones de los tiempos remotos.

Cobutori, en japonés, significa la cura de una excrescencia.

(1) Sake, es el aguardiente japonés.

—¿Dónde está tu tumor, viejo? — exclamó la esposa atónita.

—Me pasó una cosa muy extraña — contestó el hombre.

Luego contó a su consuegro, con el lujo de detalles, todo lo que le había sucedido en las montañas.

—Es una idea luminosa — aprobaron todos en coro.

En un abrir y cerrar de los ojos los demonios sacaron el tumor de la mejilla del viejo. Acto seguido desaparecieron como por encanto.

El hombre, atónito, miraba alrededor suyo, sin poder imaginar lo que le acababa de suceder. Se palpó la mejilla y, con gran regocijo, se convenció de que la excrescencia, que tanto le molestaba, había desaparecido sin dejar rastro.

—¿Qué suerte! — exclamó en el calor de la alegría. — Si hubiera sabido que esos diablos eran unos cirujanos tan habilidosos, hubiera venido mucho antes a bailar para ellos.

Así diciendo el viejo echó a andar cuesta abajo, rumbo de su aldea. Una vez en su casa, le salió al encuentro la esposa, diciéndole:

—Por fin has venido. Me das más seña que antes.

—¿Qué quieres que te de?

—Sin embargo, para más seguridad, quiero que me dejes alguna seña.

—Bueno. Pero, ¿qué quieres que te de?

—Cuando el hombre hubo terminado la danza, el rey de los

diablos le dijo con tono amable:

—Gracias. Me has proporcionado un gran placer. Toma esta copa a guisa de recompensa.

El viejo aceptó el convite, y después de haber tomado de un trago el "sake" (1), dijo:

—¿Qué podríamos tomar de imaginó lo que habrás sufrido él, en calidad de señor — preguntó el rey a sus consejeros. Te voy a dar de comer y luego uno de éstos, con cara seria, irás a descanar.

En este momento la luz del candil cayó sobre la cara del hombre y, al mirarlo, la mujer quedó boquiabierta, sin poder creer a sus propios ojos.

La mejilla derecha de su marido estaba lisa y sana.

Una vez en el lugar indicado, el viejo se escondió en el hueco del tronco y se puso a esperar la llegada de los diablos.

Al ver la caída del crepúsculo aparecieron los monstruos, quienes, del mismo modo como la vispera, empezaron a celebrar la fiesta.

Al poco rato el jefe, demostrando evidente impaciencia, miró alrededor suyo.

—Ya es hora que vengas a bailar — dijo el jefe de repente.

Al oír estas palabras, el vecino del viejo creyó el momento oportuno para hacer su aparición. Salgó del tronco y de un salto se plantó en el medio del corro diabólico.

—Buenas noches — dijo o postrándose ante el rey. — Hace tiempo que los estoy esperando.

—¿Eres el "viejo de anoche"? — exclamó el demonio contento. — Bueno, pues; empieza la danza.

—¿El señor — contestó el otro poniéndose de pie. Luego entonó una canción, al son de la cual se puso a bailar. Pero, puesto que el viejo era torpe, y en su vida no había bailado, en vez de ejecutar una danza, ha-

cia sólo brincar y saltos sin ninguna gracia. —Está mal... Así no sirven los diablos.

—Baila mucho peor que anoche — dijo el jefe. No me gusta la danza y no te quiero ver más. Toma de vuelta la seña.

Con estas palabras le pegó en la mejilla derecha el tumor que tenía guardado.

Así cuentan los ancianos que guardan en su memoria las tradiciones de los tiempos remotos.

Cobutori, en japonés, significa la cura de una excrescencia.

(1) Sake, es el aguardiente japonés.

—¿Dónde está tu tumor, viejo? — exclamó la esposa atónita.

—Me pasó una cosa muy extraña — contestó el hombre.

Luego contó a su consuegro, con el lujo de detalles, todo lo que le había sucedido en las montañas.

—Es una idea luminosa — aprobaron todos en coro.

En un abrir y cerrar de los ojos los demonios sacaron el tumor de la mejilla del viejo. Acto seguido desaparecieron como por encanto.

El hombre, atónito, miraba alrededor suyo, sin poder imaginar lo que le acababa de suceder. Se palpó la mejilla y, con gran regocijo, se convenció de que la excrescencia, que tanto le molestaba, había desaparecido sin dejar rastro.

—¿Qué suerte! — exclamó en el calor de la alegría. — Si hubiera sabido que esos diablos eran unos cirujanos tan habilidosos, hubiera venido mucho antes a bailar para ellos.

Así diciendo el viejo echó a andar cuesta abajo, rumbo de su aldea. Una vez en su casa, le salió al encuentro la esposa, diciéndole:

—Por fin has venido. Me das más seña que antes.

—¿Qué quieres que te de?

—Sin embargo, para más seguridad, quiero que me dejes alguna seña.

—Bueno. Pero, ¿qué quieres que te de?

—Cuando el hombre hubo terminado la danza, el rey de los

diablos le dijo con tono amable:

—Gracias. Me has proporcionado un gran placer. Toma esta copa a guisa de recompensa.

El viejo aceptó el convite, y después de haber tomado de un trago el "sake" (1), dijo:

—¿Qué podríamos tomar de imaginó lo que habrás sufrido él, en calidad de señor — preguntó el rey a sus consejeros. Te voy a dar de comer y luego uno de éstos, con cara seria, irás a descanar.

En este momento la luz del candil cayó sobre la cara del hombre y, al mirarlo, la mujer quedó boquiabierta, sin poder creer a sus propios ojos.

La mejilla derecha de su marido estaba lisa y sana.

Una vez en el lugar indicado, el viejo se escondió en el hueco del tronco y se puso a esperar la llegada de los diablos.

0.70
Tubo Medio

Sin cepillo
Con acendante y ex-
perimentalmente del cigarrillo.
Colocar un centímetro de
la pasta — blanda — con
— sobre los dientes, ex-
— tinguirla con la lengua
— sobre los dientes y los
— hacia las encías y los
— hacia el interior de la boca
y luego hacer buches con
agua fría o tibia.

Perlificar
La dentadura sólo es
posible con el más
científico de los den-
tíficos, el "Dentífico
DUBARRY".
Desinfecta, purifica,
desodoriza, limpia bien
y no raspa.

Dubarry
DENTÍFICO
PASTA DURA

**Limpia.
Desinfecta.
Purifica
y
NO Raspa.**

**Tubo Grande
\$1.70
Con un regalo**

**Perfumeria
Dubarry**

Sintonice L. R. 2 Radio Prieto
los Lunes, Miércoles y Viernes.
la Audición Selecta
IE SANCY
"A LA HORA DE LA CENA"
de 20 a 21 horas